

Tantas lágrimas para los primeros derramadas por los girondinos; tan pocas para los segundos, hacíanles sospechosos á su corazón y á su conciencia. Y asestado el puñal de tribuno con este arte pérfido al corazón de sus contrarios, volvióse Robespierre hacia la Convención, conmoviéndola en sus fibras más sensibles, al decirle que no considerara como crímenes los méritos de aquellos que habían soterrado al déspota, para que tan grande asamblea se reuniera ejerciendo la soberanía nacional, esclareciendo así con sus discursos á la humanidad, y salvando con sus actos á la patria.

El discurso de Robespierre tuvo una particularidad, la cual adrede ponemos aparte, después de haber explicado su conjunto. Esta particularidad fué muy notable, por en ella referirse á Marat. Acusábale con exageración Louvet, de inteligencias maratistas, y contestó á esta acusación, diciendo que muy pocas veces hablara con él, que estas veces le arguyera de muy exagerado y fanático, inspirándole un disgusto tal, como el mostrado en cien puntos de sus incendiarios artículos, al decir con insistencia, como nunca fuera el estadista de su gusto. Pero como en esta propia defensa de sus relaciones con Marat, no soltara ninguna de las especies usuales corrientes, el monstruo se regocijó de la triste lenidad robespierista, quedando con él obligado, aunque por una gratitud circunstancial y pasajera. Y á esta particularidad hay que unir en el análisis de la transcendente arenga, otra particularidad referente, á sus relaciones con el gran tribuno Danton. Aquí Robespierre fué más explícito y más franco. Abundó en el sentir dantoniano, de que las revoluciones no pueden hacerse con idilios, sino con grandes movimientos volcánicos y excusó las matanzas de Septiembre, cuyos reflejos pasaban como remordimientos, por los ojos de la conciencia, entre aquellos partidarios de la dictadura septembrina, en el ayuntamiento revolucionario. Así resultan de contraproducentes en el mundo político, todas las faltas sugeridas por la imprevisión y por la impaciencia. Los girondinos habían intentado derribar á Marat, derribar á Danton, derribar á Robespierre, y los juntaron y los unieron bajo sus comunes anatemas. Faltos de táctica, debieran comenzar por poner sitio á una sola fortaleza, á Marat por ejemplo; pusieronles sitio á todas al mismo tiempo y fueron rechazados y fueron perdidos, todos sus asedios y todos sus asaltos. Para mayor desgracia, Louvet se portó como un niño, mirando cómo resplandecía la victoria en la frente de su acusado, oyendo cómo vibraba el anatema de su torpeza en los labios de su musa. Rabió, pateó, vociferó, porque demandaba la palabra con anhelo y no le querían oír ni los diputados, ni el público. En su desesperación y en su derrota, llegó el cuitadísimo hasta despojarse del carácter de diputado, para pedir la palabra como simple ciudadano y hablar en guisa de peticionario, desde la barra donde hablaba el pueblo. Así corrió de un punto á otro, desde su asiento á la mesa presidencial, desde la mesa presidencial á la tribuna, desde la tribuna á la barra, con ademanes violentos, con gestos ridículos, profiriendo frases incoherentes y marchando en tambaleos cual si estuviera tan ebrio de vino, como de rabia.

El público le acogió con la peor de cuantas acogidas puedan imaginarse, le acogió á risotadas, que contrastaron todos sus esfuerzos nerviosos para lograr le oyeran. A las risotadas uniéronse gritos, vociferaciones, insultos, cuando Barbaroux como contagiado por la demencia de su colega y correligionario, pidió la palabra con gestos violentísimos y enormes clamores. En este momento supremo apareció un factor esencial de la Convención, que habremos de seguir y acompañar hasta la tremenda hora de su postrer suspiro. La Llanura tomó carne y se hizo hombre. Llamóse y llámase todavía en la historia, este hombre recién surgido, Barrere. Artista, muy artista, únicamente le interesaba el juego político, cual pudiera interesarle un juego de azar en los salones, porque tentaba y movía con él á la fortuna, requerida siempre de amores, por aquel corazón egoísta. Quizá fuera dantoniano, si veía la hercúlea estatura de Danton; robespierista, si veía el empuje popular que circundaba como un grande oleaje á Robespierre; maratista, porque los cobardes pueden llegar á todas las crueldades en su miedo; cuando realmente, por su origen meridional, por su cultura científica, por sus ideas moderadas, pertenecía en alma y cuerpo á la Gironda, en que contaba por amigos los principales adeptos. Mas no hay augurio que señale y pronostique los cambios de la fortuna, como que los hábiles y diestros y egoístas, rehuyan y nieguen el partido á que propenden. Si la Gironda hubiera podido meditar en aquel momento, creyérase perdida para siempre, al considerar cómo Barrere, un taimado calculador, triste cortesano de la fortuna, le quitaba el hombro y se lo arrimaba sin escrúpulo y sin empacho á los anónimos de la Llanura. El orador defendió á los triunviros, rebajándolos con arte y diciendo que ninguno era para medirse con Sila en Roma, con César en el Imperio, con el grande Cromwell en Inglaterra, que por lo mismo debían deshecharse las acusaciones de los magnetizados por infantiles sospechas y entrar en la orden del día con calma é indiferencia. Y en la orden del día se entró, con total vencimiento de la Gironda. La Convención halló en Barrere el propio estado de su ánimo, indecisa entre los acusadores y los acusados, agarróse al clavo ardiendo que le presentara el orador, para no tomar ninguna resolución y para no enredarse con los señuelos tendidos por las fracciones combatientes. Pero esto fué la victoria de Robespierre.

El efecto de las victorias conseguidas por el gran jacobino en la Convención, repercutió con repercusiones múltiples é intensas por todo el pueblo parisién, adicto á la República. No pueden juzgarse las grandes poblaciones por sus periodos normales en los periodos revolucionarios; antes de la revolución están como el hierro frío, pero mientras dura la revolución están como el hierro candente. Y en las crisis revolucionarias, un magnetismo especial colora los cielos espirituales; un eléctrico torrente agita los nervios colectivos; adquieren las cosas mínimas el aspecto de las cosas magnas; los combates diarios, unos intelectuales, otros materiales, aceran los pensamientos y los músculos; el trabajo creador centuplica las fuerzas; créese por todos los magnetizados en las improvi-

saciones del progreso y en el dón de los milagros, atribuido á la razón humana, el ideal no luce tanto como ardea y relampaguea. Consecuencias de un estado semejante: la sobreexcitación universal; el abandono de los propios intereses y de los familiares y de los privados por los públicos; las metamorfosis de cada guardacantón en tribuna; los oradores populares, cuyas lenguas desata un viento de tempestad; las aglomeraciones de muchedumbres tormentosas; los discursos tonantes caídos como lluvia de plomo sobre las pasiones incendiadas. París, el París levantisco y revolucionario, se consideraba ofendido por las ofensas despedidas desde los bancos girondinos sobre sus especiales diputados y representantes. Había muchos moderados en la gran ciudad, muchísimos, pero se ocultaban adoleciendo todos ellos del achaque á los moderados congénito, la sobra de prudencia y la falta de valor. Así los jacobinos campaban por sus respetos, ofrecían un verdadero triunfo en homenaje al triunfante orador. Así cuando salió éste del Congreso, le circundó una inmensa muchedumbre, la cual ensordeció los aires con sus vivas, y desde la Convención hasta su hogar, pasó por la calle de San Honorato como podía pasar un general romano por los arcos de la Vía Sacra. Llegada la noche, ardió en fiestas y regocijos y loores al tribuno y discursos apoloéticos de su virtud y promesas de seguirle hasta la muerte y de adorarle como un Dios en los altares, el club jacobino. La bajeza llegó hasta pronunciar apologías de Robespierre los menos robespieristas, asaltados, poseídos del terror y asaltados de un verdadero contagioso pánico. Manuel arrepentido ya de sus antiguas propensiones radicales, tocado en el corazón por el horror que le habían producido las septembrinas matanzas, autor de la proposición demandando los honores reales y las Tullerías para el Presidente de la grande Asamblea nacional, compasivo con los reyes en el Temple, cómplice de los girondinos en el Parlamento, alejado cada día más de la comunidad dictatorial y revolucionaria, adscrito á la República templada y conservadora, recayó en la fiebre radical viendo la victoria de Robespierre, y pronunció un discurso en el club jacobino, discurso cuyas bajezas recordaban los senadores de Sejano en tiempo de Tiberio. Más bajo aun Barrere, por más interesado, por más egoísta, por más calculador y maquiavélico, por menos espontáneo é ingenuo. Así como un público rara vez suele equivocarse cuando á sus oradores oye, el público de aquella velada, en la iglesia jacobina, oyó primeramente al retórico embustero con desdén y lo rechazó luego con unánimes protestas. Con tal motivo, los jacobinos se despacharon á su gusto. Unos llamaron á la noche aquella, noche divina del nacimiento de la libertad; otros dijeron que subía Robespierre por sí mismo al poder supremo de la República francesa; éstos aclamaron á su ídolo como dechado de todas las virtudes y aquellos como portento de todas las ciencias; las letanías de los santos, se quedaban atrás con todos sus loores, de estas letanías de los robespieristas; diríase que no se buscaba un jefe, un guía, una cabeza, para dirigir á un pueblo libre, diríase que se buscaba un patrono poderosísimo, por una turba vil de servi-



Dietsa

Lit. Felipe Gonzalez Rojas - Editor

ROBESPIERRE EN SU CASA DE LA CALLE DE S. HONORATO